

LECCION
DEL DOS DE MAYO
DE 1808

MMXXI

LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1.808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUERTOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR EL CAPITÁN DEL ARMA:

D. JESÚS LÓPEZ CABELLO

AÑO



2021

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería

“Esta lección del dos de mayo de 2021 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Jesús López Cabello, en el acto presidido por el Teniente General, Jefe del Mando de Personal, Excmo. Sr. D. Guillermo Manuel Fernández Sáez, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”



Excelentísimo Señor General Jefe del Mando de Personal,
Ilustrísimas autoridades, Señores Oficiales, Suboficiales, Ar-
tilleros, señoras y señores.

Un año más, fieles a nuestra tradición, en este marco incomparable que nos brinda la Plazuela del Alcázar de Segovia, nos reunimos todos para honrar la memoria de aquellos compañeros del Arma que tal día como hoy del año 1808 fueron protagonistas de uno de los episodios más heroicos de nuestro ejército.

Como heredero y depositario de dicha tradición, significa para mí un enorme privilegio tener la oportunidad de dirigir unas palabras a todos los aquí presentes. Siento a su vez un enorme orgullo por estar hoy aquí, en este lugar de enorme relevancia, más aún cuando a mi cabeza vienen recuerdos imborrables de tan señalada efemérides en un lugar tan artillero como el Alcázar de Segovia, Real Colegio de Artillería, cuando el por entonces capitán más antiguo de nuestra Academia de Artille-

ría regaló, a nuestros oídos de jóvenes alumnos del Arma, aquellas palabras de nuestra primera lección del 2 de Mayo. Y por ello no deja de emocionarme que hoy sea yo aquel capitán el que tenga el inmenso privilegio de rendir tributo a nuestros héroes artilleros.

De todos son conocidos, en mayor o menor medida, los detalles de los terribles hechos acaecidos en aquel trágico día, fecha en que cambiaría el destino de los españoles y que sería el comienzo de la lucha de nuestro pueblo para expulsar al ejército invasor francés.

Nos trasladamos a principios del siglo XIX, donde se nos muestra una España tremendamente deprimida, con demasiados errores en la acción del gobierno, pérdida de prestigio en Europa y un sombrío panorama para nuestras posesiones de ultramar. Esta situación había llevado a España a una política de alianzas cuyas consecuencias empezaba a pagar.

El Rey Carlos IV era obligado a abdicar en su primogénito Fernando VII. La Familia Real estaba sumida en un sinfín de dispu-

tas internas, que habían puesto en bandeja la Corona de España, ante el emperador Napoleón, quién con la supuesta intención de invadir la enemiga Portugal, había introducido más de cien mil soldados franceses, repartidos por toda España.

La población asiste atónita a este despliegue de fuerzas, mientras la clase dirigente se deshace en elogios con sus vecinos franceses. El pueblo parece ser el único en darse cuenta de la verdadera situación, del vacío de poder provocado por la marcha de la Familia Real a Bayona, junto a Napoleón, y de que el General Murat, Gran Duque de Berg, se comporte como si fuese el verdadero conductor del destino de los españoles.

Este era el oscuro panorama para la España de entonces, donde los hechos que relataré a continuación se sucedieron:

Amaneció el día 2 de mayo y ya desde muy temprano, una muchedumbre presenciaba a las puertas del Palacio Real, como los sol-

dados franceses preparaban dos carruajes que debían trasladar al infante D. Francisco de Paula a Bayona. Esto provocó que la multitud, testigo de la situación, gritase: “¡Nos llevan al rey, y ahora a la Familia Real!, ¡Muerte a los franceses!”. En ese momento, los allí presentes, tratan de impedir la huida y se apresuran a correr ante el coche que transportaba al infante para cortarle el paso, zarandeando a los soldados de la Guardia francesa.

Ante esta situación, Murat decide enviar a Palacio una expedición de castigo, encabezada por el Batallón de Granaderos de la Guardia Imperial, quien, con dos descargas de fusilería, sembró de muertos y heridos las puertas del Palacio.

La reacción del pueblo fue inmediata. Su deseo de venganza le hizo echar mano de cualquier instrumento que pudiera ser utilizado como arma. Comenzó a partir de entonces una serie de escaramuzas en todos los rincones de la ciudad, que fue quedando cubierta de sangre y de odio según avanzaba la mañana. Las fuerzas imperia-

les acudieron desde sus acuartelamientos extramuros y se sucedieron las escenas de caos, desolación y muerte, ante la acción desproporcionada de las fuerzas Napoleónicas, quienes enfrentaron a un ejército armado con fusiles y cañones contra un grupo armado con palos y navajas. En esos instantes, el pueblo se encaminó al único lugar donde podía encontrar los medios adecuados para enfrentarse al enemigo, al Parque de Artillería de Monteleón.

Mientras tanto, los militares españoles permanecían acuartelados y pasivos, siguiendo órdenes del Capitán General Francisco Javier Negrete. El primer oficial que se presentó en el Parque fue el teniente de Artillería D. Rafael de Arango, quien había recibido órdenes de disuadir a los paisanos que se encontraban en las puertas del parque sobre sus pretensiones de ser armados. Unas órdenes que contrastaban radicalmente con sus sentimientos, los cuales, finalmente le guiaron en la decisión de, minutos más tarde, disuadir al Oficial del destacamento francés allí acuartelado de su intención de romper fuego sobre los paisanos.

Posteriormente, se incorporó a las instalaciones su jefe, el Capitán Daoiz, quién fue informado inmediatamente de lo allí ocurrido. En esos instantes, sólo estaban en el Parque un grupo de 16 hombres, entre sargentos, cabos y artilleros.

A renglón seguido, se presentó en el Parque, otro de nuestros protagonistas, el Capitán D. Pedro Velarde y Santillán, acompañado por el Subteniente Carpeña y un Capitán de Granaderos del Estado con tres subalternos entre los que se encontraba otro héroe destacado de la jornada, el teniente de Infantería D. Jacinto Ruiz. El Capitán Velarde, de forma resolutiva instó al Jefe de la Compañía francesa a rendir su unidad, que ya estaba desplegada para defender un posible derribo de la puerta del Parque por parte del paisanaje o, en caso contrario, a desafiar al pueblo, que estaba a punto de forzar las puertas del Parque. Los franceses tuvieron que ceder a sus sugerencias. Sus armas fueron requisadas y la tropa hecha prisionera en las cuadras.

Para Daoíz, como oficial más antiguo, dio comienzo una lucha interna. Por un lado,

la obediencia a las órdenes directas recibidas, para no hacer causa común con el pueblo y por otro, hacer caso omiso a las mismas y llevar a cabo lo que le dictaba su corazón. Durante unos minutos paseó por el patio meditabundo, mientras fuera el pueblo excitado, no dejaba de vitorear a Fernando VII, a la Artillería y a España. Él sabía lo que representaba poner las armas en manos de la gente, pero su pasividad supondría la masacre de su pueblo. Finalmente, se detuvo, miró a los artilleros del Parque y desenvainando su sable gritó, «¡Las armas al pueblo!».

Ante esa difícil decisión, su amigo Velarde, se acercó a él y le abrazó. El resto del personal allí presente, sacó sus sables, en señal de apoyo y respeto. A continuación, se abrieron las puertas del parque y el pueblo entró y comenzó a recibir las esperadas armas, siendo Velarde el encargado de organizar la defensa del edificio, tanto del interior como de las afueras del mismo. Daoíz, mientras tanto, mandó disponer cuatro piezas hacia la entrada principal y dos más de reserva.

Enseguida llegaron las noticias de la ocupación a Murat, quien de inmediato envió el Batallón de Westfalia para sofocar a los rebeldes. Desde el Parque se recibió a las tropas francesas con tres salvas consecutivas. La sorpresa del enemigo era evidente, pues nunca imaginó encontrar la resistencia tan bien organizada. Las fuerzas enemigas seguían acudiendo y se iban concentrando en puestos estratégicos, iniciando su ataque desde puntos distintos, pero la resistencia era tenaz y los actos heroicos se sucedían.

Murat no pudo soportarlo por más tiempo y ordenó tomar las instalaciones a toda costa, con fuerzas al mando del Coronel Conde de Montholon. A punto estaban de conseguir su objetivo, cuando se produjo una trágica confusión. Por una de las calles apareció, enarbolando un pañuelo blanco en señal de armisticio, el Capitán de Voluntarios del Estado D. Melchor Álvarez. Éste era portador de órdenes tajantes del Gobierno para que los sublevados depusieran su actitud. En medio

de aquella confusión y en respuesta al intento de apoderarse de algunas de las piezas por parte del enemigo, un artillero dio fuego a una de ellas, causando un verdadero estrago entre la fuerza francesa, que hubo de rendirse.

Cuando Murat fue puesto al corriente de lo sucedido, impartió la única orden posible, el exterminio de los insurrectos. Colocó al frente de sus fuerzas a un General de su máxima confianza, Lefranc, quien comenzó disponiendo su artillería de modo que los asediados no pudieran recibir refuerzos. Por dos veces los granaderos de la Guardia Imperial estuvieron a punto de llegar hasta las puertas del Parque, aunque fueron finalmente rechazados. Los ataques se sucedieron desde todas direcciones, haciendo que los defensores se vieran obligados a dividir su esfuerzo, restando así eficacia a su acción. Daoíz, cayó en ese momento herido en una pierna junto a una de las piezas, pero no abandonó su sable ni el mando de la batalla. En esta refriega cayó también herido el teniente Ruiz, pero siguió

dirigiendo el fuego del cañón que estaba a su cargo. Aunque herido, no cesó de ordenar fuego hasta que exhausto fue retirado al interior. La situación era insostenible, no era posible resistir por más tiempo, los primeros elementos de la columna de avance estaban a pocos pasos, amenazando con una descarga a quemarropa. En aquel justo momento, en un último intento de buscar refuerzos, cayó abatido Velarde de un balazo en el pecho que le atravesó el corazón, muriendo de forma instantánea.

Dominada la situación, el General Lefranc se acercó a Daoíz, con actitud, gestos y palabras ofensivos. Se trataba de una vejación difícilmente soportable por un hombre de honor, quien, estirando su brazo, intentó alcanzar al General francés. Éste no sólo no se contentó con parar el golpe sino que permitió que varios oficiales y soldados acribillaran a estocadas y bayonetazos a nuestro héroe, quién gravemente herido, fue trasladado a su domicilio donde poco después exhaló su último aliento.

Hasta aquí la mera narración de los hechos que recordamos en este día y aunque la historia nos ha situado en otro tiempo, en otra sociedad, donde probablemente los ideales de vida sean muy distintos a los de ahora, las virtudes militares aquí reflejadas siguen siendo plenamente válidas en nuestro Ejército actual.

En ese día todo un pueblo se alzó unido y en íntima rebeldía contra el invasor. Un día donde todos dieron algo, y algunos lo dieron todo.

Nosotros, con hechos como el narrado, hemos aprendido que: “A los que mueren por su Patria, les recoge la inmortalidad”. El patriotismo no consiste sólo en contar las glorias de los que hicieron grande a la Patria en el pasado, sino principalmente, en imitar sus virtudes para hacerla más grande en el futuro.

En primer lugar debemos, todos los miembros del Arma de Artillería, mantener aquel espíritu fundacional del Real Cole-

gio de Segovia. Todos los artilleros, cada uno en su empleo y cometidos específicos, debemos esforzarnos por conseguir nuestra máxima capacidad profesional, sin abandonarnos jamás a la falsa comodidad de la rutina cuartelera.

Debemos procurar siempre alcanzar las máximas cotas de competencia técnica, pero sin descuidar por ello, nuestra formación humana y moral que debe servir de base a nuestra indudable vocación militar. Esta formación y moral exquisitas son las que permitieron a los artilleros de 1808 planear detalladamente el levantamiento contra el ejército napoleónico.

También hemos de mantener siempre ese espíritu de sacrificio, abnegación y entrega que, lejos de permitirnos conformarnos con realizar lo preciso de nuestro deber, nos impulse en aras de aportar siempre algo más en beneficio de nuestra unidad, de nuestro ejército y en definitiva, de nuestra Patria.

Esta virtud es la que impulsó a los artilleros de entonces, liderados por Daoiz y Ve-

larde a planear y comprometerse en la liberación de España antes de que nadie se lo ordenase, convencidos como estaban que eso era lo que la Patria necesitaba.

Nosotros somos herederos de una gloriosa historia militar, llena de hechos heroicos como los de los Capitanes Daoiz y Velarde. Estos héroes son el ejemplo, la guía a seguir en el servicio a España. Ejemplo que debemos hacer nuestro y brindar a quien nos suceda, pues como dijo un buen sabio “Dar ejemplo no es la principal manera de influir sobre los demás; es la única manera”.

Compañeros, siendo partícipe de nuestra callada misión, unida al sacrificio, valía y efectividad demostrada día a día en todas nuestras actuaciones por España, os animo a que no caigamos en el ostracismo, en la tibieza, en la desgana, o simplemente en la monotonía. Debemos estar siempre alerta, completando y mejorando continuamente nuestra formación y hacer diario. Actuaciones que son obligación de cada uno de nosotros y que debe-

mos poner al servicio de los demás; pero nunca solos, sino en estrecha unión con todos, porque “siempre unidos” lograremos cumplir las misiones que se nos encomienden, con el recuerdo a todos aquellos que nos precedieron y con el orgullo de servir a nuestro pueblo.

Por último, es evidente que debemos mantener vivo en nuestro corazón ese amor a la Patria hasta las últimas consecuencias que nos permita, llegado el momento, derramar si es necesario hasta la última gota de nuestra sangre en su defensa, como lo hicieron Daoiz y Velarde.

LAUS DEO